

FR. MATÍAS DE CÓRDOBA.

LA TENTATIVA DEL LEÓN

Ó EL ÉXITO DE SU EMPRESA.

Fábula moral.

La tentativa de abatir al hombre,
Que por su ingenio y su virtud se eleva,
Cantar deseo, Musa, si propicia,
De tal conformidad mi voz alientas,
Que sugiera instrucciones saludables
Al mismo tiempo que la risa mueva.
Había en los desiertos africanos,
Entre un grupo de rocas, una cueva,
Donde parió una leona su cachorro
Y le ocultó con suma diligencia.
Después que con su leche le ha nutrido,
De carnes elegidas le alimenta,
Y da, con excelentes instrucciones,
La última mano á su piedad materna.
Le refiere sus nobles ascendientes,
No para que sus glorias le envanezcan,
Sino para que imite sus virtudes,
Cuyos modelos tiene tan de cerca.
—¡Qué gloria tener—dice—un padre ilustre!
¡Qué confusión el no seguir sus huellas!
¿Hablarás del honor de una familia

Que en ti produzca su mayor afrenta?
Debes ser compasivo y generoso,
Por lo mismo que nadie tiene fuerza
Para dañarte, y exceptuando el hombre,
Todo á tu imperio fuerte se sujeta.—
El León orgulloso aquí se enoja,
Sus ojos encarnados centellean,
La piel movable de su frente agita,
Y sacude erizada la melena.
—¿Quién es—pregunta—quién ese viviente
Que resistir á mi pujanza pueda,
Cuya sola mención ha acibarado
Las palabras más dulces y halagüeñas?
Con sólo.....—En este instante da un bramido
Que estremece la gruta, el bosque atruena,
Y el eco que repiten las montañas
Por todo el horizonte se dispersa.
—El hombre—dice la prudente madre—
Es animal de una mediana fuerza,
Que la suele aumentar el ejercicio,
Sin que á la tuya compararse pueda;
Mas con sagacidad, industria y maña,
Todo lo rinde, todo lo sujeta:
Oprime el mar, se sirve de los vientos,
Arranca las entrañas de la tierra,
Y, lo que me horroriza al referirlo,
El rayo ardiente á voluntad maneja.
Y así evita encontrarlo; huye, hijo mío;
Acelerado corre á tu caverna:
Es el hombre feroz con sus hermanos,
¡Cómo no lo será con una fiera!
—¿Que yo me esconda?—dice.—He de buscarle,
Y en singular batalla aquel que venza
Tendrá la primacía, no fundada
En la opinión, fundada en la experiencia:
Sé que temeridad y cobardía
Son dos extremos que el valor detesta;
Mas se deben probar todos los medios
De conseguir una gloriosa empresa.

—La ardiente juventud te precipita—
Le replica la madre;—no es prudencia
Buscarse por sí mismo la desgracia,
Aunque es valor sufrirla cuando llega.
Entonces el león dice:—¿Haré alarde
;Pese á mí! de rendir la mansa oveja,
Que no pudiendo obscurecer mi gloria,
De mis garras es víctima indefensa?
Estoy determinado: no te canses
En oponer á mi pasión violenta
De la razón los débiles estorbos;
Ó me veas triunfante ó no me veas.—
Dice, y al punto presuroso parte
Cuando la noche á descorrer empieza
El manto oscuro que hace majestuoso
El pálido esplendor de las estrellas.
Sin rumbo fijo, sin torcer el paso,
Por el tupido bosque se abre senda,
Insensible á las puntas de las zarzas,
Que le hacen obstinada resistencia.
Sale, por fin, al anchuroso campo,
Y en él un animal se le presenta,
Que á los plateados visos de la luna
Con atención, mas sin temor observa.
—Robusta es la cerviz—dice—en la frente
Tiene con sus adornos la defensa.
¡Qué nerviosos los pies! ¡Qué forcejadas
Deben ser esas manos corpulentas!
¡Con cuánta impavidez, qué satisfecho
Yace, creyendo que ninguno pueda
Tener atrevimiento de inquietarle,
Disputando con él la preeminencia!—
Entretanto, distraído, tremolaba
La grande cola que en las hojas secas,
Arrojadas de árboles vecinos,
Formaba extraño ruido, que amedrenta
Al fatigado buey, que descansaba,
Para tomar de nuevo su tarea.
Perezoso se apoya en una mano;

La otra después, con lentitud asienta,
É impeliéndose al punto se levanta,
Dejando ver cuál es su corpulencia.
Retirarse el león es cobardía;
Hacerle frente, peligrosa empresa;
Cualquier extremo tiene precipicio;
Mas, después de un momento, delibera
Que es preferible una gloriosa muerte
Á una vida comprada con bajezas.
Así determinado se adelanta,
Excusando camino al que sospecha
Ser el hombre, á quien busca furibundo,
Y horrible y denodado se presenta.
—¿Tú eres—le dice—el hombre que presume
Ser solo soberano de la tierra,
Creyendo que su rango y primacía
Todo animal, temblando, reverencia?
—No—responde;—¡ay de mí! no soy el hombre:
Soy de los infelices que sujeta;
Á quien por los más útiles servicios
Da la más dura y vil correspondencia.
Al punto que nací, mandó á mi madre
Que mi alimento natural partiera
Entre él y yo, y sólo á ciertas horas
Tomaba hambriento la ordeñada teta.
Después impuso á mi cerviz el yugo,
Aun antes de cumplir tres primaveras,
Para hacerme arrastrar enorme carga;
Y si el peso y el sol me desalientan,
En lugar de apiadarse, enfurecido,
Con su aguijón me hiere sin clemencia.
Si en las sutiles cañas las espigas,
Agitadas del aura balancean,
Yo he preparado el delicioso cuadro,
Abriendo surcos en la dura tierra,
Que con tanta abundancia le produce
El grano cuyas pajas me presenta.
¡Ay, cuando me envejezco en su servicio,
De qué suerte corona mi carrera!

Después de maniatarme, á sangre fría
Me da el golpe fatal: no le penetrar
Los gritos y clamores repetidos,
Que mis útiles obras le recuerdan:
Mira sin conmoción correr la sangre;
Y se sirven mis carnes en su mesa,
Sin horror, como vianda delicada.
Y pues esto del hombre te da idea,
Toma este rumbo y apresura el paso,
Que yo debo tomar la parte opuesta;
Por que si tú deseas encontrarlo,
Yo apetezco y procuro no me vea.—
La fiera rencorosa estas palabras
Escuchó con asombro, y no sospecha
Que acaso el buey será uno de los criados
Que hablan mal de sus amos, y exageran
Lo bien que sirven, y lo poco ó nada
Que por ser fieles y oficiosos medran.
Es su enemigo el hombre, y esto basta
Para creer las calumnias más groseras,
Pues así le parece justifica
El odio que en su pecho reconcentra;
Mas el taimado señaló aquel rumbo,
Deseoso de acabar la conferencia,
Y así le hizo vagar toda la noche
Sin hallar cosa que á hombre se parezca.
La aurora, en cuyos labios como rosas
Una sonrisa tímida se expresa,
Escucha las pintadas avecillas
Que con dulces gorjeos la celebran.
En tanto el león descubre otro viviente
Que el buey en la estatura se asemeja;
Á él dirige su marcha acelerada
Y con tono insultante así que llega,
—Eh ¿tú eres el vil hombre?—le pregunta.—
Pero aquel animal que airoso, muestra
Gallarda petulancia, noble orgullo,
No le da tan de pronto la respuesta.
Primero atentamente le examina:

En los pies se recarga; ambas orejas
Hacia él dirige, y luego le responde:
—Del hombre á quien se rinde mi soberbia
Un criado soy, que con placer le sirvo,
Tomando como mías sus empresas.
En sus largas jornadas lo conduzco
Puesto sobre mi lomo: con la espuela
Me bate los ijares, y yo entonces
Corriendo más veloz que una centella,
Alcanzo á los rebeldes fugitivos
Que no quieren estar á su obediencia.
Si es demasiado mi fogoso empeño,
Con el freno al instante lo modera,
Y con el mismo freno me prescribe,
El paso en que he de andar y por qué senda.
¡Qué peligros arrostró por servirle!
Cuando el clarín ó los timbales suenan,
Erizada la crín, hiriendo el suelo,
Como sensible á la gloriosa empresa,
Lejos de amedrentarme los horrores,
Á mi señor advierto la impaciencia
Con que deseo entrar con él en parte
De los riesgos y afanes de la guerra —
Suena entonces de lejos un relincho,
Y el caballo al oírlo:—Aunque quisiera—
Dijo—seguir hablando, me precisa
Ir adonde me llaman con urgencia.—
Luego, volviendo las torneadas ancas,
Con tal ímpetu emprende la carrera,
Que á la fiera en los ojos encendidos
Con las patas arroja las arenas.
Al león, no el dolor, sino el insulto
Le es insufrible: de la acción violenta
Jura vengarse, y para hacerlo pronto,
Frota los ojos con las manos vueltas;
Mas después que los abre, el veloz potro
Ya no parece en la llanura inmensa.
Sigue, no obstante, por el mismo rumbo,
Creyendo que se oculta en las hileras

De unos frondosos árboles que mira;
Mas pierde la esperanza cuando llega
Al sitio majestuoso consagrado
Al genio reflexivo. Las napeas,
Con el dedo en los labios, á los Faunos
Que avanzan por mirarlas más de cerca,
Silencio imponen, y las blandas alas
Céfiro con sorpresa mueve apenas.
Duerme la ninfa de una clara fuente
Que deja ver su reluciente arena:
Después copia los sauces de la orilla,
Y más en lo profundo representa
La perspectiva augusta de los cielos,
Por la parte oriental que Febo incendia.
¡Qué hermoso carmesí! ¡Qué franjas de oro!
La avenida de luz por allá deja
Sobre un hermoso fondo azul celeste
Un jaspeado color de madreperla.
—Al león este cuadro nada importa,
Siendo su celestial magnificencia
Para aquel corazón bueno y sensible
Que odio, envidia, venganza no envenena.
Trepaligero al sauce más antiguo;
Mira por todas partes y no encuentra
Por ninguna el objeto de sus iras;
Pero siendo oportuno á sus ideas
Aquel sitio, en el brazo más robusto
Que hay en la rama principal, se sienta.
Ve desde allí venir hacia la fuente
Un animal de poca corpulencia
Aunque muy bien formado, que clamando
Con voz aguda su dolor expresa.
Cuando llegó á distancia que podía
El león escucharle.... ¡qué sorpresa!
¡Qué accesos de furor! Habla del hombre,
Á quien, como si oyéndole estuviera,
Con el dulce entusiasmo del cariño
Le dirige la voz de esta manera:
—¿Dónde, señor, estás que no me escuchas?

¿De mi lealtad acaso no te acuerdas?
¿Quién como yo te advierte los peligros
Ó se expone á morir en tu defensa?
Ningún criado te da más testimonios
De amor, de sumisión y de obediencia;
Pues si las leves faltas me castigas
No opongo á tu furor más que la queja.
Lamiéndote la mano que me hiere,
Y postrado á tus pies, pido me vuelvas
Á tu amistad, y una mirada tuya,
Golpes, desprecios, todo lo compensa.
Si me mandas seguir alguna caza,
¡Con qué empeño, qué celo, qué presteza
La persigo, la alcanzo, y de ella triunfo!
Mas sobrio, te la entrego, sin que pueda
Mi integridad faltar, aun en el caso
De que el hambre furiosa me acometa.
Cuando duermes, yo velo cuidadoso:
Rondo la casa porque no sorprenda
Algún extraño tan preciosa vida:
Muestro, además, mi celo en la defensa
De animales á quienes dañaría,
Si el placer que te causan no advirtiera.....
Mas por aquí el olfato..... ciertamente.....
Sí, por aquí pasó, según la huella.....—
—Decía el perro, oliendo las pisadas
Que vió estampadas en la blanda tierra.
Sigue el rastro, creyendo que ninguno
Nada de lo que dijo oír pudiera,
Y el enemigo lo escuchaba todo.
¡Esas facilidades de la lengua!
—El león confundido no percibe
Qué magia, qué virtud el hombre tenga,
Pues que los animales más valientes
De grado se le rinden ó por fuerza.
Baja, no obstante, y se encamina al sitio
En que el perro observó la humana huella:
Al llegar cuidadoso la examina,
Y viendo su tamaño, considera

Que excediendo á la suya en otro tanto
Tendría su rival doble grandeza.
En traje de prudencia disfrazado
El pálido temor, temblando llega,
Y á tomar la espesura le persuade
Con el semblante, la actitud y señas.
Mas luego la opinión inexorable
Que tiraniza el globo de la tierra,
Con ojos torvos ¡qué dirán! le grita.
No dice más, ni aguarda la respuesta.
—Venid acá, censores inflexibles,
No aguardéis á que el éxito se vea
Para fallar en tono decisivo:
El león vuestro sabio juicio espera,
Cuando ya no le sirva, si es vencido,
Será locura perseguir la empresa,
Como si vence, debe ser cordura
No abandonar una victoria cierta.
—El león fatigado, que no sabe
A dónde caminar, ó qué hacer deba,
Un matorral espeso le convida
Y en él dudoso á descansar se interna,
Notando que allí puede, sin ser visto,
Observar cuanto pasa por de fuera.
El sueño le acomete; él se resiste
Y le rechaza, en fin, cuando ve cerca
Un animal bien hecho, cuya mole
Sólo sobre sus pies mantiene recta.
—No arman sus manos—dice—corvas uñas;
Es adorno su pelo, no cubierta;
Calma y bondad anuncia su semblante;
Todo es blandura, gracias, inocencia.
En tu favor previenes, ¡ser amable!
¿Serás, dulce viviente, serás presa,
Que esclavice y degrade el feroz hombre?
¡No hará tal, que yo salgo á tu defensa!
Se levanta, se estira, se sacude,
Y se dirige al que auxiliar intenta,
Mas como ve su turbación, le dice:

El hombre es á quien busco, nada temas.
—Pues bien, yo soy el hombre; ¿qué buscabas?
¿Qué se ofrece?—le dijo con confianza.
—¿Eres tú?—le pregunta;—¿eres el mismo?
—Sin duda, soy el mismo—le contesta.
—¡Cómo!—exclama el León — ¡tantas maldades
Ocultas con tan bellas apariencias!
—Dejemos—dijo el hombre—los insultos
Que irritan, aunque propios de una bestia;
Y así para evitar contestaciones,
Puedes volver al bosque y yo á la aldea.
—¡No—responde el León—no nos iremos;
Hoy mismo quiero ver por experiencia,
Si acaso eres conmigo tan valiente
Como tirano con las otras bestias!—
Pone el hombre en tortura su discurso
Porque le suministre alguna treta;
Mas la presencia de ánimo no pierde,
Que es lo que en tales casos aprovecha.
—Mira—dijo al León—siempre la fama.....
Ya se ve, es imposible que uno pueda
Á todos contentar..... mas no me opongo:
Estoy conforme con lo que tú quieras;
Pero antes que riñamos, es preciso
Hacer para mi casa un haz de leña,
Porque si tú me vences, ya eso menos
Tendrá que hacer mi débil compañera;
Cuando no, quedaré debilitado,
Porque no hay enemigo que no ofenda.
El León no advertía que en un tronco
Cuyas profundas raíces lo sustentan,
Y que tenía cerca su enemigo,
Una hacha muy pesada estaba puesta.
Tomóla, pues, el hombre, y allí mismo
La clavó con tal ímpetu y violencia,
Que bien se percibió crujir el tronco,
Vibrar el aire, retemblar la tierra.
Después con tono impávido le dice:
—Si apetece cuanto antes la contienda,

Ven á ayudarme á dividir el tronco.—
El León, que reñir á punto lleva,
—¿Cómo quieres—pregunta—que te ayude?—
Y el hombre contestó:—De esta manera.
Y atrás doblando un pie, sobre sí tira
El extremo del mástil con gran fuerza:
El un lado de la hacha fué el apoyo,
Con el otro venció la resistencia
Del tronco, haciendo en él una abertura:
Y pujando le dice:—Con presteza,
Agarra la hendidura..... que me canso.....
Tira luego por esa parte opuesta.....
Con valor..... ahora..... fuerte.—Y el incauto
Mete las manos hasta las muñecas,
Para abrir más el tronco; pero el hombre,
Soltando la palanca, preso deja
Á su rival, que brama de coraje
Y de dolor que le hace ver estrellas.
Entonces con irónica risita
Le decía:—Verás por experiencia
Si acaso soy contigo tan valiente
Como tirano con las otras bestias.
¡Rebelde! á palos domaré tu orgullo,
Y amarrado después con fuerte cuerda,
Te llevaré arrastrando por las calles
Para que en la horca deshonrado mueras.—
Tanto el tormento de la mordedura
Como lo doloroso de la afrenta,
Angustian al León: pierde el sentido,
Se desmaya, inclinando la cabeza
Contra el pérfido tronco; mas volviendo
En sí, otra vez le dice:—¡Hombre! respeta
Los decretos del cielo en la desgracia,
Que hacer mayor pretendes con la afrenta.
Si acaso te es tan dulce la venganza,
Tienes tu mano armada, y yo cabeza:
Hiere al que ingenuamente reconoce
Que á todo es superior tu inteligencia,
—No—dijo el hombre entonces—vive honrado.

Y al mismo tiempo fácilmente suelta
Al vencido León, y sigue hablando:
— ¡Mucha gloria es vencerte, noble fiera;
Mas sin comparación es más glorioso
El triunfo celestial de la clemencia!

D. JOSÉ BATRES Y MONTUFAR

Y al mismo tiempo fácilmente suelta
Al vencido León, y sigue hablando:
— ¡Mucha gloria es vencerte, noble fiera;
Mas sin comparación es más glorioso
El triunfo celestial de la clemencia!

D. JOSÉ BATRES Y MONTUFAR.